

comprende l'importance des questions territoriales et économiques, qui participent d'une histoire globale de la société. On pourrait juste regretter que l'auteur n'ait qu'esquissé les relations avec l'ouest du territoire (Montagne d'Alaric, Carcassonne, Cabaret...). Reste à rapprocher les modalités d'appropriation et d'occupation de l'espace observées, de celles d'autres villes ou régions de la Méditerranée à la même époque. Mais cet ouvrage restera longtemps une référence très fiable pour l'histoire des villes dans l'Antiquité tardive.

Marie-Elise Gardel

FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, Carmelo y BOHIGAS ROLDÁN, Ramón (eds. científicos), *In Durii Regione Romanitas. Estudios sobre la Romanización del Valle del Duero en Homenaje a Javier Cortes Álvarez de Miranda*, Departamento de Cultura de la Diputación de Palencia e Instituto «Sautuola» de Prehistoria y Arqueología de Santander, Palencia-Santander, 2012, 425 p. (incluye *Tabula Gratulatoria*), figs. y fot. b/n, ISSN: 978-84-615-8964-7.

No sería justo empezar a desglosar el contenido de este excelente y nutrido volumen de homenaje, sin antes referirnos al perfecto binomio que formaron Javier Cortes Álvarez de Miranda (Santander, 1929 – Saldaña, 2009) y la villa tardorromana de La Olmeda, situada en tierras de su propiedad, en Pedrosa de la Vega, Palencia. El hallazgo, el 5 de julio de 1968, del mosaico que narra el episodio homérico de Aquiles en *Skyros* fue un hecho trascendental, ya que despertó el interés científico internacional y la admiración popular por la villa, que en pocos años, ya famosa, se convirtió en una de las primeras en exhibir sus mosaicos y estructuras bajo cubierta (1984). No cabe duda de que este descubrimiento marcó un hito en la vida de Javier Cortes, quien se afanó, desde entonces hasta su muerte, en su cuidado y divulgación. Frente a circunstancias adversas tuvo el mérito de impulsar y costear durante años (1969-1980) las excavaciones, así como de defender la conservación y protección *in situ* de los mosaicos, cosa rara en aquella época. En 1980, enfrentado a la realidad de una villa que no cesaba de crecer (unos 4000 m²), la cedió a la Diputación Provincial de Palencia, constituyéndose desde ese momento un Patronato-Fundación que se encarga, entre otros fines, de la gestión y financiación de los trabajos en La Olmeda. Irónicamente, la inauguración de la última instalación, acorde con los criterios más recientes en musealización de yacimientos, sucedía en octubre de 2009, pocos meses después de su muerte.

El volumen comienza con una *presentación*, a cargo de M.A. García Guinea, director del Instituto Sautuola de Prehistoria y Arqueología de Santander, de donde parte la iniciativa y edición del homenaje, quien recuerda agradecido a Cortes junto a sus colaboradores, en la consolidación y conservación *in situ* de los mosaicos y estructuras de la villa de Quintanilla de la Cueva, en el Pago de Tejada, en Palencia.

Sigue un *prólogo*, firmado por los editores científicos, donde se explican los motivos y la gestación del homenaje, con cuatro capítulos que giran en torno a la figura y obra de Javier Cortes y a los temas que él mejor trató, la villa de La Olmeda y la presencia de Roma en Castilla y León. Casi un centenar de autores, entre amigos y conocidos, se dan cita en esta copiosa obra que nos deja descubrir trazos biográficos y profesionales del homenajeado, ahondar aún más, si cabe, en el análisis de la insigne villa y sobre todo discurrir por la rica y dinámica arqueología de la Meseta norte.

El primer capítulo, titulado «El hombre, el arqueólogo y su legado» (J.A. Abásolo y R. Martínez: 17-23), contiene 11 artículos. Se evoca inicialmente la figura de Javier Cortes, como arqueólogo, que aun sin serlo académicamente, ya que era perito agrícola, supo trabajar y esforzarse, metodológicamente, como tal. Baste observar la pulcritud y el rigor de sus dibujos y anotaciones, en los diarios de excavación, o su buen y acrecentado conocimiento de la cerámica romana, en las publicaciones. Hasta 1990, en que se jubila, estuvo presente, junto a su equipo de colaboradores, hombres de campo transformados en competentes excavadores y restauradores, no solo en La Olmeda, sino también en un sinfín de excavaciones realizadas tanto en tierras de Palencia (Quintanilla, Astudillo, Dueñas, etc.) como en las de Burgos y Soria. Diversos premios, medallas y homenajes públicos dejan testimonio de la gratitud y reconocimiento social que mereció por su incesante tarea en pro del patrimonio cultural castellano.

A continuación se hace referencia a la correspondencia y relación mantenida entre Cortes y el profesor Pedro de Palol, quien fue director de las excavaciones de La Olmeda hasta 1990, documentación que obra en el *Institut Català d'Arqueologia Clàssica* de Tarragona (J. López i R. Muñoz: 25-32). Esta correspondencia, que fue gestionada, precisemos, por la esposa de Palol, Mercè Muntanyola, refleja en parte las vicisitudes y problemas de estudio arqueológico, que se originan cuando Palol dejó la Universidad de Valladolid al hacerse cargo de la, entonces, nueva cátedra de Arqueología Cristiana y Medieval en la Universidad de Barcelona (curso 1970-1971).

En las contribuciones siguientes vemos distintas caras del personaje y su apasionada e inseparable relación con La Olmeda, que, aun siendo en su mayor parte recuerdo vivencial o profesional de quienes le estimaron y conocieron bien, se prestan a la metáfora, e incluso a la interpretación literaria, como se lee en «La villa durmiente de Saldaña y el caballero del corazón desprendido y los pies ligeros de Peridis» (J.M. Pérez: 59-65). De todos modos, hay unanimidad en resaltar el carácter sencillo, generoso y la entrega entusiasta a la arqueología y al patrimonio de nuestro homenajeado, de cuyo progenitor se aportan también los trazos biográficos: Ricardo Cortes Villasana, político adscrito al catolicismo social, de quien sin duda heredó discreción y pragmatismo científico (G. León: 43-54). Esta primera parte finaliza con una selección de imágenes que recogen distintos momentos del devenir humano y profesional de J. Cortes.

En el segundo capítulo, por nombre «La Olmeda: El sueño hecho realidad» (p. 79-180), se reúnen 15 artículos a partir de los cuales vemos desfilar, con notable y lógica preferencia, la revisión e interpretación de los mosaicos que dieron fama al yacimiento, especialmente los

figurados que pavimentan el *oecus*, así como algunos vegetales de otros ambientes. Completan este apartado hallazgos cerámicos y metálicos, estructuras subterráneas y el estudio de las necrópolis.

Los retratos de los medallones que cuelgan entre las ánades-delfín del tapiz musivo, en torno al episodio de Aquiles, sirven de base para reflejar, en el contexto del mundo tardoantiguo, la retratística hispana de las más importantes villas del Bajo Imperio (J.M. Blázquez: 79-86) o para proponer nuevas identificaciones. Frente a la usual aceptación de que se trate de los retratos de la familia del propietario (Cortes, 1996; Lancha, 1989, 1997; Palol, 1993; Kiilerich, 2000), J. Arce quiere ver una galería de retratos con la representación de las mujeres de la familia teodosiana, el emperador en cuyo reinado se habría creado la villa, además de interpretar otros como bustos de ciertos emperadores (Nerón, Caracalla...) o seres mitológicos (p. 87-91).

La decoración vegetal y floral que puebla tramas geométricas de algunos pavimentos musivos como el *oecus*, pasillos del peristilo y la zona termal se presta a sugerencias bien lógicas y recurrentes como la representación ajardinada (G. López: 101-107). También los motivos vegetales aparecen en algún pavimento teselado atribuido a la segunda planta (F. Gutiérrez: 109-114). Recordemos que el hallazgo de escaleras y contrafuertes confirmarían su existencia, y que en el piso alto de la torre oriental los restos musivos ofrecían un tema figurado, seguramente báquico (F. Pérez, J. Cortes y J.A. Abásolo).

Se aborda el episodio de Aquiles al abandonar el gineceo de Skyros, con cierto detenimiento, a la luz de nuevos descubrimientos (entre los cuales los dos de Zeugma, Turquía) y estudios musivos incluidos en el *Supplementum* al LIMC. Los 17 ejemplares aquí reunidos enriquecen la visión iconográfica, que ha llevado a nuevas propuestas interpretativas. Si bien se corrobora la popularidad de que gozó este pasaje, entre otros, de la vida de Aquiles, como héroe y modelo de *virtus* a imitar en la Antigüedad, Neira (p. 93-100) enfatiza el carácter de ese abandono, en el contexto musivo del *oecus* de La Olmeda, con la escena de la cacería delante y los retratos de la orla alrededor. Aquiles, cuando decide empuñar las armas, y asumir así su trágico destino, está representando el compromiso que tenían los hombres con el ejército romano y, por ende, con la defensa de la civilización, que Roma personificaba. Enfrentamiento, en suma, entre mundo civilizado y salvaje o acción frente a inhibición y vida apacible.

El huso y la rueca, artefactos exclusivamente femeninos, que aparecen en la escena del gineceo de Skyros, merecen una visión etnológica e iconográfica. Bajo el símbolo persistente de perseverancia y laboriosidad (J.L. Hernando: 115-120) se traza un recorrido a través de la literatura, la arqueología y el arte hasta hacernos llegar a los cafés *Knitting* de Nueva York, donde los hombres hacen, hoy día, ganchillo como terapia frente al estrés.

Solo un artículo, el de Domiciano Ríos, fiel acompañante y colaborador de Cortes en la singladura arqueológica, se refiere a las estructuras de la villa, en este caso unidades estratigráficas negativas, y su relación con el agua (p. 121-126). Son consignados doce «pozos» y una gran zanja en el ala sur, que destruyó pavimento y habitaciones. La reutilización de aquellos como vertederos, propició la conservación de una buena diversidad, entre otros,

de materiales orgánicos. Las estructuras guardan relación con las épocas de apogeo y declive de la villa, y nos permiten conocer tanto el suministro de agua a los baños y ambientes externos, como los problemas de drenaje y reaprovechamiento. El largo canal (34 m) que atraviesa el patio da idea de la acertada planificación hidráulica concebida desde el origen.

Siguen tres aportaciones sobre artefactos cerámicos y metálicos hallados en diversas intervenciones arqueológicas de La Olmeda. En una se valora la decoración faunística, aquí cérvidos, plasmada sobre TSHT (formas 8 y 10 de Palol). En otra se revisa un conjunto de 34 fragmentos de lucerna (datadas entre 320-340 y mediados del s. v), en su mayoría inéditas. Abundan los tipos TSHT 50, propios de la Meseta y valle del Duero, y son meramente testimoniales el norteafricano Hayes IB y Loeschcke VIII. La tercera aportación estudia la metalurgia del hierro de diversos objetos romanos de uso doméstico y agropecuario. Análisis de microscopía óptica y electrónica de barrido, determinan, entre otros episodios productivos, la cementación, recocido de globulización o diferentes tipos de soldadura por forja.

Una parte significativa de este capítulo es la referente a las necrópolis de La Olmeda. De las tres exhumadas, que rodean la residencia, solo la norte ha sido publicada como monografía, mientras que de las otras dos tenemos visiones parciales de sus ajuares y espacio funerario. Irónicamente, en el otoño de 1972, tuve el privilegio de dibujar buena parte de los ricos ajuares de la necrópolis sur, por encargo de P. de Palol, gracias a la hospitalidad que me brindó J. Cortes en su casona de Saldaña, a quien siempre recordaré junto a su tía Lola.

El primer trabajo, sin duda, uno de los de mayor interés del volumen, en cuanto al debate y a la interpretación actual (A. Chavarría: 147-154), va más allá del título acerca de las reflexiones sobre dichos cementerios, que obviamente no son casos aislados. En una primera parte era inevitable preguntarse qué significado tenía esta rica y extensa hacienda (comprende zona residencial y *balneum*, estructuras hidráulicas, rústicas y productivas), así como otras más, repartidas por las provincias de Soria, Palencia, Valladolid, Burgos y Salamanca. Aparte de ser consideradas grandes residencias palatinas, propias de aristócratas provinciales o ligados a la administración del Imperio, actuarían como centros direccionales de grandes propiedades y de acumulación de excedentes agrícolas. En el caso de La Olmeda se trata de explicar no solo cómo funcionaría la propiedad, comprendidas necrópolis (tres) y establecimiento a su alrededor, sino qué sucedió cuando el edificio fue abandonado. Se acepta que la ocupación de la villa y el origen cementerial serían coincidentes en el tiempo, acaso el siglo v, como sugiere Vigil-Escalera (2009), aunque se impone una revisión del material de excavación, porque la datación del abandono es muy difícil de precisar; la publicación de monedas y cerámicas documentan una ocupación, al menos, hasta mediados del siglo v, siglo en que siguen usándose las termas, pero en el que también, en otro momento, se datan derrumbes y expolio de sus materiales. Como dice Chavarría, a pesar de los numerosos estudios, sigue siendo una incógnita qué suerte corrió la hacienda tras el abandono. Acaso fue usada ocasionalmente por campesinos (hay evidencias que demuestran un uso de las estructuras cuando éstas pierden su carácter

residencial), lo hicieron con el consentimiento del propietario del *fundus*, o porque éste ya no existía. La A. no excluye la posibilidad de que la propiedad hubiera pasado al fisco. No está de más recordar la existencia de un cementerio medieval, superpuesto a otra villa altoimperial, del que pocos datos tenemos, que nos hace reflexionar sobre la continuidad del poblamiento en la misma zona y el problema asociado de su evidencia material.

Aunque en otro artículo posterior (p. 155-160) serán tratados específicamente, se aportan los datos sobre la Necrópolis Norte (J.A. Abásolo, J. Cortes y F. Pérez, 1997, «La necrópolis Norte de la Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia)», Palencia). Está compuesta por 111 tumbas, mayoritariamente de inhumación, con solo 8 de incineración, orientadas de oeste a este. Corresponden a fosas simples y a cajas de madera, con depósitos funerarios diversificados según el género, con, entre otros materiales, armas cinegéticas y herramientas en el masculino, y adornos y punzones, en el femenino. La cerámica TSHT (*terra sigillata* hispánica tardía) marca la cronología tardía.

La Necrópolis Sur, que se extiende sobre estratos protohistóricos, está formada por 526 tumbas de inhumación orientadas de O a E, normalmente formando hileras. Son de tipos variados, si bien predominan, nuevamente, las fosas simples con ataúd (421). Un 41 % tenía ajuares, de los que destacan los vasos de TSHT y de vidrio, placas de cinturón tipo Simancas, puntas de lanza, cuentas de collar, etc. Esta necrópolis ha sido fechada entre el último tercio del s. iv y la segunda mitad del s. v. La del noroeste, la tercera, es altoimperial, pero con algunas tumbas de época visigoda.

A tenor del material arqueológico publicado, en especial el de carácter cinegético, agropecuario y doméstico, se puede vislumbrar más bien una población rústica, de cierto nivel, vinculada a la explotación del *fundus* de la villa, sin que se distingan tumbas privilegiadas.

La continuidad en el uso de la necrópolis (s. vi), tras el abandono de la villa, plantea una serie de problemas interpretativos referidos tanto a las propiedades tardoantiguas y a su explotación, como a nuevos tipos de asentamientos (p. ej., *castra*) que surgen en relación con dichas necrópolis y a la estructuración del poblamiento regional. En este contexto cobran sentido las aportaciones de Alfonso Vigil-Escalera (2009) («Apuntes sobre la genealogía política de aldeas y granjas altomedievales», en I. Martín Viso, ed., *Tiempos Oscuros? Territorios y Sociedad en el Centro de la Península Ibérica (siglos VII-X)*), al haber retrasado el inicio de estos cementerios al siglo v, después de analizar la TSHT y cerámica pintada de los ajuares funerarios y reconocer en ellos el primer testimonio «desplegado por comunidades campesinas de rasgos aldeanos». Se refiere a «nuevas formas de articulación política de base campesina tras desaparecer el gobierno imperial». Chavarría es muy crítica respecto a Vigil-Escalera, por haber metido en el mismo grupo de las *Necrópolis del Duero*, que él denomina *postimperiales*, diversidad de cementerios que, aun coincidentes en el tiempo, difieren en el espacio. Para finalizar, la A. considera que para llegar a una clasificación de las necrópolis tardoantiguas y altomedievales de la Meseta se ha de plantear un nuevo tipo de investigación, que comprenda la catalogación exhaustiva de sus datos y la aplicación de las técnicas más avanzadas, extensibles igualmente al análisis parcelario y paleo ambiental.

Completan el estudio de la necrópolis norte otros dos trabajos, donde se abordan el tratamiento espacial y ritual de las tumbas, así como el estudio paleoantropológico. Tomando como punto de partida la monografía ya citada, se analiza la evolución en orientación que siguen las inhumaciones, así como la ubicación de los depósitos funerarios, que acaban por desaparecer a mediados del s. v, sin que se aprecien símbolos cristianos (F.J. Marcos y O.V. Reyes: 155-160). Los restos óseos recuperados estaban muy erosionados; añadamos que también lo estaban los barnices de la TSHT de las tumbas de la Necrópolis Sur, a causa de la acidez del terreno. De los 50 casos evaluados, gracias a la clasificación de epífisis óseas y dientes, el 17 % corresponde a individuos infantiles, en el resto hay un predominio de adultos masculinos de entre 21 y 40 años (F. Etxeberria y L. Herrasti: 161-164).

«La Olmeda, un ejemplo a seguir» (R. García Rozas: 165-172) nos brinda el análisis de la nueva musealización, con sus pros y sus contras, y al tiempo nos hace recordar la historia reciente del yacimiento, desde su descubrimiento hasta la adecuación para su visita pública. Las ruinas romanas se han protegido y preservado con esta última instalación, al tiempo que se ha establecido, según la A., un sabio diálogo entre antigüedad y modernidad, arquitectura y paisaje, sociedad y comunicación. Recordemos que los hallazgos arqueológicos de La Olmeda se exhiben en la cercana Saldaña, dentro de la iglesia de San Pedro, convertida, desde el año 1984, después de ser rehabilitada, en museo monográfico, gracias a la cesión de la diócesis.

En el último trabajo del capítulo II, «La Arqueología: Evolución de una disciplina», que toma como referencia las actuaciones modélicas en La Olmeda, se establece un estado de la cuestión sobre la praxis de la arqueología, desde la gestión a la legislación, con particular acento crítico entre lo que las leyes dictaminan y las sociedades practican (J.M. Iglesias: 173-180).

El capítulo III, «Alto Imperio en la Meseta Norte» (p. 183-318), está formado por 17 artículos de carácter muy diverso, desde las novedades que propician las recientes excavaciones, hasta reflexiones y nuevos puntos de vista sobre materiales o localizaciones ya conocidos, sin que falte ninguna catalogación ni un estudio territorial. En general, predomina el tratamiento de la cultura material, siempre bajo el marco geográfico de la ciudad y provincia de Palencia, que luego se extiende a Tierra de Campos, el valle del Duero y otros lugares de la Meseta.

Los primeros trabajos permiten apreciar la tecnología y *modus operandi* en la confección del famoso broche de oro prerromano zoomorfo de Saldaña, gracias a un manuscrito inédito, rigurosamente ilustrado, del coronel Villegas, que ha permitido elucubrar en torno a la tipología de esta clase de objetos en otros materiales y al carácter mismo del hallazgo (F.J. Pérez, F.J. Abarquero y G. Delibes: 183-191). Siguen los «Bronces zoomorfos en perspectiva cenital de la misma localidad y su entorno» (F. Romero y C. Sanz: 193-200). Así mismo se trata el origen de la daga en el ejército romano, a partir del modelo bidiscooidal hispano (C. Fernández, E. Kavanagh y T. Vega: 201-209) y se estudia la «Circulación monetaria en la Antigüedad en la provincia de Palencia» (M. Gómez: 211-222).

Los orígenes de la antigua *Pallantia* merecen una atenta mirada a raíz de recientes excavaciones arqueológicas en el convento de las Hermanas Nazarenas, que permiten postular una fundación postsertoriana (J. Quintana y S. Extremera: 223-230) o se sopesa la leyenda de San Toribio de Palencia en relación con la gran inundación, bien testimoniada por la arqueología, que sufrió el centro de la ciudad primitiva, en el siglo II d.C. (A. Balado y A.B. Martínez: 231-236). Del nivel de destrucción final (segunda mitad del s. IV) de una *domus* de la antigua Palencia, excavada en 1994, procede una figura broncea de Isis-Fortuna, seguramente de datación altoimperial, que se encuadra en toda clase de paralelos, desde Campania a Dalmacia, para así evocar el culto familiar al que estaban destinadas, habitualmente, este tipo de imágenes (M.C. Lión y M.J. Crespo: 245-252).

Materiales de procedencia palentina, pero de carácter distinto, han sido agrupados aquí, con su tratamiento correspondiente; por un lado, tres capiteles y una basa de columna, que evocan modelos decorativos producidos por el taller de Clunia y, por el otro, una veintena de sellos de cerámica de mesa, en sigillata itálica y sudgálica, importados, con fechas entre el cambio de era y principios de la época flavia (M.A. Gutiérrez y M.V. Romero: 237-244).

Bajo el título «Gladiadores de Palencia» (S.F. Schröder: 253-259), se reúnen nueve representaciones de este motivo, en diversidad de soportes, procedentes de la ciudad y su territorio, que dan cuenta de la popularidad de que gozarían dichos juegos durante el s. I d.C. El objetivo es tratar de identificar cada tipo de gladiador, aquí el *thraex* tracio es el más frecuente, así como interpretar su armamento y el sistema de lucha, según el último estado de la cuestión.

Se dan a conocer, brevemente, los resultados de las intervenciones arqueológicas preventivas y de urgencia que originaron dos grandes obras públicas, las de Frechilla (plan de aportación de recursos hídricos a la cuenca del Carrión, en 1998) y las del Paredón (autovía de Palencia a Santander, 2005) en la provincia de Palencia. La primera, «Yacimiento alto imperial de las Frailas, Frechilla (Palencia)» (A. de la Cruz y M. Franco: 261-266), en la que intervino Javier Cortes junto a Fernando Puertas, aunque destruyó 4000 m², permitió identificar ocho estructuras negativas, la mitad de las cuales mostraba vertidos de coladas de decantación, relacionables con la actividad cerámica, a finales del s. I d.C. La segunda, «Antuedro/El Paredón (Támara de Campos). Un interesante conjunto material vinculado a un asentamiento agropecuario de época romana alto-imperial en la Tierra de Campos Palentina» (J.C. Misiego, G.J. Marcos, F.J. Sanz y M.A. Martín: 267-274), puso al descubierto 11 amplias estructuras negativas, con cronología entre el período calcolítico y el romano. En el interior de las romanas se apreció gran variedad de cerámicas, con predominio de las de tradición indígena frente a la TSH. El yacimiento guarda relación con la cercana villa de El Paredón y con una nutrida serie de grandes núcleos urbanos.

Al debate se presenta «Una nueva lápida vadiniense en la Guzpeña (León)» (J. Celis y L. Grau: 275-280), datada a finales del s. I o ya dentro del s. II, con antropónimos inéditos, como *Garbilo*, que podrían evidenciar la relación de esta *gens* o *civitas* con la de los cántabros *tamaricos*.

Bajo el prisma de la asimilación entre un verraco hispano vetón y una *cupa* romana se ofrece una relación de monumentos funerarios, que van desde el s. II a la Antigüedad Tardía, reaprovechados en muros de límite, edificios y otras ubicaciones, en la zona abulense, especialmente de Solana de Rioalmar («Siste Viator. Verracos, cistas y cupae en caminos romanos abulenses», M. Mariné: 281-288).

Aparte del artículo sobre Isis-Fortuna, dos de las contribuciones finales del capítulo contemplan el mundo religioso. En la primera, «El Santuario del dios Vuronio en Barcina de los Montes (La Bureba, Burgos)» (I. Ruíz, A. Rodríguez y J. Campillo: 289-294), después de ser valorados los escasos restos de epigrafía, numismática y arqueología, se especula en torno a la posible ubicación del santuario de este dios indígena en plena naturaleza, en un lugar de frontera entre la Meseta y las tierras cántabras, y de comunicación entre distintos pueblos prerromanos. La segunda contribución, «Testimonios de la religiosidad romana del Sur del Duero. Época imperial» (V. Cabañero y P. Fernández: 311-318), se nutre de una serie de esculturas que, junto a la epigrafía, permite constatar, en paralelo a los procesos de conquista y municipalización flavia, la escasa, pero sí significativa, aceptación de la religión romana en el ámbito doméstico.

Bajo el explícito título de «Ciudad y territorio: patrones de poblamiento en el valle del Duero burgalés entre la época romana y la alta Edad Media» (A.L. Palomino, I.M. Centeno y J.M. Gonzalo: 295-303) se da a conocer el avance de un prometedor proyecto investigador que ha supuesto evaluar y cartografiar los yacimientos contenidos en el Inventario Arqueológico Provincial de la provincia de Burgos, para poder determinar los modelos y la evolución de los asentamientos desde la romanización al feudalismo (s. I al IX). A partir del bajo imperio el patrón uniforme de ocupación, de 2 a 3 ha, se modifica al surgir otros de mayor extensión y suntuosidad, acaso villas, y el vacío que separaba los territorios de las ciudades de *Rauda* y *Colonia Clunia Sulpicia*, reflejo a su vez del de vacceos y arévacos, empieza a ser ocupado con nuevos establecimientos. Desde la segunda mitad del s. V en adelante el papel vertebrador de las ciudades, así como el sistema de *villae* en que se basaba, respecto al territorio, se desintegra y transforma en la zona interior de la Meseta. Y, a pesar de la monarquía visigoda, el modelo de poblamiento camina hacia procesos de ruralización, con la proliferación de nuevos yacimientos, ciertamente atomizados. Aunque la evolución cronológica no se pueda precisar, de los 186 yacimientos llamados transicionales (mediados del s. V al s. IX), 148 son de nueva fundación (10 altoimperiales y 28 bajoimperiales). El crecimiento se organiza siguiendo modelos ahora bien diferentes, pero similares al de otros puntos bien estudiados de la Meseta, al ocupar, por ejemplo, piedemontes e interfluvios menores, que deben responder, según las pautas de las últimas tendencias interpretativas (Ariño, Brogiolo, Chavarría, Schneider, Wickham, Vigil-Escalera, etc.), a nuevos sistemas de organización social, de marcado carácter aldeano, y a la diversificación productiva.

El capítulo III acaba valorando «La problemática ubicación de la ciudad de Confluentia» (L. Hernández: 305-310). Se propone la zona de Los Mercados, uno de los yacimientos arqueológicos más ricos en secuencia temporal y estructural de la provincia de Segovia (desde la edad del hierro a la época visigoda), por su notable representación en los siglos I y II.

El capítulo IV, «Villas, Poblados y Cementerios: Antigüedad Tardía» (p. 321-425), se compone de 14 artículos, ocho de ellos dedicados a villas de la Meseta. El descubrimiento de Pedrosa, en 1968, marcó un hito en la investigación sobre este tema, con un antes y un después (F. Regueras: 329-336), desde el abandono de estructuras descubiertas durante el s. XIX a intervenciones arqueológicas recientes, de signo contrario. Loable es el ejemplo de Antonio Cuadras, un mecenas anterior a J. Cortes, quien financió la excavación y publicación de las termas de la villa de Dueñas, sita en su propiedad. Podemos observar desde una revisión de las villas sorianas, a raíz de los trabajos de cobertura que han supuesto nuevos hallazgos musivos y funerarios (D. Fernández: 351-358), o un prolijo y detallado análisis tipológico de las romanas en Hispania (T. Mañanes: 397-404), hasta planteamientos precisos sobre los cambios y reformas en la planta de la de Almenara de Adaja, en Valladolid, que se inició con un proyecto fallido (C. García y M. Sánchez: 343-350).

Los mosaicos siguen siendo objeto de atención, ya sea a través de los trabajos de protección que se originaron en la villa de *Possidica* de Dueñas (J.J. Fernández: 321-327) o bien del estudio específico del Meleagro y el jabalí de Calidón, de la villa del Vergel, en San Pedro del Arroyo, Ávila (F.J. Moreda y R. Serrano: 337-342).

No podían faltar sendos artículos dedicados al estudio de las termas de algunas de estas residencias. Se aborda en un primer caso el proyecto de protección y difusión de las de El Alba, Villalazán, Zamora, salvadas de los furtivos (H. Larrén y L. Peláez: 359-364) y, en el segundo, las transformaciones que se sucedieron en el primitivo *balneum* de Carranque, Toledo, para dar paso a estructuras productivas, a finales del s. IV (C. Fernández, V. García-Entero e Y. Peña: 389-396).

Aparte figuran tres contribuciones más referidas a la cerámica tardoantigua: la primera, con nuevos datos y planteamientos cronológicos acerca de las imitaciones de «La sigillata (CIS) en la Meseta Norte, durante el s. V» (L.C. Juan: 365-372), seguida por las *sigillatas* hispánicas tardías de «El Portalón», Cueva Mayor de Atapuerca, Burgos, campañas arqueológicas entre 1973-1983, dirigidas por el profesor Apellániz (M.T. Mínguez y R.M. Lopes: 405-409), y se llega al «Avance sobre las cerámicas del Castellar, Villajimena, Palencia» (R. Bohigas y J. Gutiérrez: 411-420), datadas entre época tardoantigua y alto-medieval. Las visigodas ya fueron publicadas anteriormente (R. Bohigas, 1989). No estará de más evocar, como hacen críticamente los autores, la repercusión que en su momento tuvo la memoria de excavación de este yacimiento para la historiografía medievalista, en relación con la vieja teoría de C. Sánchez Albornoz sobre despoblación y repoblación del Valle del Duero.

Los artefactos de metal también son analizados: «Fíbulas cruciformes en Hispania» (J. Aurecochea: 373-380), a pesar de su rareza hispánica, con cronología entre finales del s. IV y comienzos del V, que se concentran en el norte, en relación con recintos fortificados, y «Dos sepulturas con arreos de caballo del cementerio de Los Pardales, Aguilar de Anguita, Guadalajara» (F. Pérez y M. Barril: 381-388), procedentes de las excavaciones del Marqués de Cerralbo, realizadas en 1915. Los dos ajuares masculinos

sirven de excusa para discutir, nuevamente, en las páginas de este volumen, el marco explicativo de las Necrópolis del Duero ahora llamadas, después del trabajo de Vigil-Escalera, *postimperiales*.

Este último capítulo se cierra con el complejo y dilatado yacimiento de La Aldea, Baltanás, Palencia, del que se valoran los niveles fundacionales tardoantiguos y sobre todo la ocupación medieval, con una iglesia y un cementerio asociado (P.J. Cruz y E. Martín: 421-425).

Después de haber intentado reflejar la esencia de tantas y ricas aportaciones, solo nos cabe, al final, felicitar a los promotores por su iniciativa y, sobre todo, por los logros obtenidos en este sustancioso volumen de homenaje a Javier Cortes, acertadamente amenizado con bellos pasajes de poemas y frases de escritores clásicos y contemporáneos, y desear que la obra se convierta en un buen referente para la investigación nacional e internacional.

Aunque a destiempo, quisiera sumarme al merecido homenaje al buen amigo Javier Cortes, a quien tuve ocasión de conocer y tratar en numerosas ocasiones, ya fuera por nuestra presencia, como colaboradora del profesor Palol, en Pedrosa, bien por la suya en Clunia, al frente de su equipo de restauradores. Javier, siempre estarás ahí, por lo que hiciste, por tu legado de fomentar una arqueología mejor y por haber sido una buena persona.

Rosario Navarro

BERMEJO TIRADO, Jesús, *Arqueología biopolítica: La sintaxis espacial de la arquitectura doméstica romana en la Meseta oriental*, La Ergástula Ediciones, 2014, 198 p., 16 figs., 11 tablas, ISBN: 978-84-941796-6-2.

Como punto de partida de esta reseña debo insistir en el siempre necesario enfoque interdisciplinario acerca del modo en que la arqueología debe abordar sus objetos de estudio. Esa perspectiva a la hora de tratar una determinada problemática histórico-social es la que, sin duda, posibilitará la consecución de un conjunto de soluciones coherentes al problema arqueológico planteado. Es en esa línea donde se enmarca *Arqueología biopolítica*, ya que J. Bermejo establece un tratamiento interdisciplinario no solo en el modo de percibir el objeto de estudio: ciertas prácticas sociales pertenecientes a la esfera de lo privado en el ámbito de la arquitectura doméstica, sino también en conectar cuestiones acerca del uso crítico de un conjunto extenso y variado de fuentes documentales, y cómo aquéllas entran en relación con las evidencias arqueológicas dentro de un contexto histórico y en